

LOIS (LEON)

Este pueblo recóndito sorprende con la monumentalidad de su catedral de mármol, a la que arropa un palacio ricamente blasonado. También tuvo una cátedra de latín conocida como la universidad de la montaña. Fue el legado de tres obispos y un indiano.

La catedral de los mastines

A la entrada de Lois, ya con el pueblo al alcance de una mirada cercana, una encrucijada de caminos invita a detener el paso para contemplar la primera estampa de este pueblo cabecero del valle. Hasta él se llega por una carretera estrecha de montaña que va enhebrando sus ocho kilómetros entre hoces y escotaduras calizas ensartadas con algún alivio de praderío verde y arbolado. Un circuito de montañas abriga el horizonte, que sólo se abre por el collado de Anciles, hacia la derecha.

El cuenco de los pastos trepa las laderas desde la orilla del río Dueñas hasta los matorrales de brezo y escobas que dan paso a los bosques de hayas y robles abrazados al arranque de las peñas.

A esta distancia, la estampa de Lois en su anfiteatro natural parece la de siempre. Se impone sobre el conjunto la silueta poderosa de su iglesia catedralicia. También asoma, entre la elevación del templo y la hendidura arbolada del río, la proa sillar del palacio. Es como si nada hubiera cambiado de visita a visita, al cabo de una docena de años. Y eso resulta extraordinario.



La monumentalidad de la catedral de la montaña desborda la escala doméstica de Lois

Se ve que en este caso surtió efecto su declaración como Conjunto Histórico a mediados de los noventa. No obstante, pasado el primer entusiasmo, las pupilas detectan, además de alguna inevitable estridencia pictórica, una ausencia importante. Ya no saluda desde la torre el abedul caído del cielo.

Cuando se acometió el arreglo de la catedral de mármol, hace diez años, una de las primeras medidas propuesta por los técnicos fue talar aquel árbol crecido en la torre que subía mucho más alto que la cruz de la veleta. Sin entender su simbolismo para la gente de Lois.

A la vista de cómo llegaron a encenderse los ánimos, se optó por arrancarlo con mimo para trasplantarlo al patio de la iglesia. Sin éxito, supongo, porque en mi reciente visita ya no lo vi por allí. Así que se ha perdido el tótem vegetal de este pueblo montañés.

LA PALIDEZ DEL ABEDUL

Parecerá una extravagancia, pero la catedral de Lois, declarada Bien de Interés Cultural hace catorce años, ya no es la misma sin la blanca palidez del abedul de ramas desmayadas agitando la sombra apacible de sus hojas.

Es verdad que el templo se había convertido en un colador de humedades. Por si fuera poco semejante quebranto, el último día de enero de 1985 unos cacos nocturnos desvalijaron el tesoro de plata y marfil guardado en la sacristía desde mediados del siglo dieciocho. Así que cuando llegaron las brigadas del remedio, los escasos vecinos de Lois no tuvieron más salida que apurar su indignación de un trago.

El recinto que preside la iglesia, peraltada sobre un talud de piedra, convoca a su alrededor lo más interesante del pueblo. Bordeando la plazuela hacia el río, se extiende el palacio dieciochesco de los Acevedo, recuperado para el uso en la parte del torreón. Es treinta años posterior al templo y hace alarde de escudos y leyendas.

Su vecindad sirve para ponderar los efectos de la restauración aplicada a la iglesia. Un raspado inclemente de su rosácea piel de mármol dejó el templo blanquecino y demacrado, sin la pátina que da lustre a los muros palaciegos.

Esa mala cara que le quedó a la iglesia se atribuyó al principio a la maldición del abedul, que antes de ser arrancado habría inyectado su palidez a los sillares de mármol.

En cualquier caso, ha sido una penosa mudanza, supongamos que efímera.

Estas joyas dieciochescas plantadas en un pueblo recóndito testimonian la generosidad de sus hijos dispersos por el ancho mundo. A lo largo de aquel siglo ilustrado Lois llegó a contar con tres obispos y más de un indiano dadivoso, que pusieron en marcha una cátedra de Gramática Latina que se acreditó como la auténtica universidad de la montaña.

El viejo edificio de la preceptoría acoge ahora un centro social para los escasos vecinos que aguantan el invierno en el pueblo. Pero Lois no surgió en el siglo dieciocho.

Un novelista clerical de la zona, el canónigo don José González, bautizó a Lois en sus ficciones como Lutosa, que perfectamente podría traducirse por lodazal.

A primera vista no lo parece. Pero ya se sabe que la toponimia es ciencia que hunde sus raíces en lo más remoto y nadie podrá asegurar que durante las glaciaciones el verde cuenco que ocupa Lois no fuera una charca.

EL CALDERO DE BRONCE

Viniendo más acá en el tiempo, sí hay constancia de que los romanos explotaron en estos parajes minas de cobre y cinabrio, que algún iluminado trató de rescatar sin éxito durante la última posguerra.

Un caldero de bronce correspondiente a aquel laboreo romano apareció en la mina de la Llorada para recalcar definitivamente en el Museo de Santander.

También los museos de León guardan varias lápidas vadinienses del siglo tercero. El Libro de Montería del rey Alfonso XI ponderaba la riqueza en osos de sus parajes.

Hasta hace cinco años Lois conservó una joya etnográfica conocida como la Casa de los Humos. Era una caverna revestida con el sarro centenario de haber curado incontables matanzas al humo del hogar. Acabó con ella el peso de una nevada otoñal. El contrapunto lo pone la decidida recuperación de las viejas casonas de piedra rojiza.

Aunque Lois nunca alcanzó la condición de villa, son abundantes los escudos que testimonian su nobleza. En las idas y venidas por el pueblo impone su silueta herreriana la iglesia trazada por Fabián Cabezas, maestro de obras de la catedral de Toledo.

El hecho de que se culminaran las obras en apenas dos lustros le da al conjunto una unidad estilística sorprendente. Unidad que se prolonga en los retablos y demás mobiliario litúrgico. Una visita al interior confirma la sorpresa de una obra de época sin adiciones ni emplastos.

Guía



COMO LLEGAR

Hasta la localidad de Lois se accede tomando el desvío indicado en la carretera N-621, entre las poblaciones de Crémenes y Las Salas.

DONDE COMER

En Las Salas, en el Restaurante Las Pintas (987 710 833). En Crémenes, en el Restaurante Huelde (987 711 005). En Horcadas, en el Restaurante Peñalba (987 740 777).



Curso helado del río Dueñas.

LA ROBLA (LEÓN)

La acelerada historia de La Robla está llena de enigmas. Empezando por su nombre, que parece derivado del árbol que puebla los bosques del entorno, pero no es así. La robla, sin mayúscula, se refiere al apretón de manos que sella los tratos.

La encrucijada de los valles

El último siglo ha dejado a La Robla irreconocible. Pero eso no significa que la villa del Bernesga renuncie gratis al legado de su historia. De hecho, la variante de la carretera nacional, que se desvió desde el centro hasta la orilla del río, ha contribuido a que poco a poco se vaya recuperando el pulso peatonal de la plaza y de su calle principal. Esta mudanza del tráfico permite que el viajero descubra en su callejeo rincones y enclaves que han estado ahí siempre, pero que pasaban inadvertidos. Por ejemplo, los miradores y galerías de solana, tan característicos de las villas que jalonan las estribaciones de la cordillera Cantábrica, desde Aguilar de Campoo a Murias de Paredes.

Esta mirada nostálgica no puede ocultar la vocación industrial de La Robla, que ya en la segunda mitad del siglo diecinueve se consolidó como el más importante centro fabril de la montaña leonesa. Pero ocurre que el viajero no debe resignar su curiosidad a lo obvio. Porque el elemento urbano más visible de La Robla son sus chimeneas: la gigantesca de la Térmica, hacia la Devesa de Llanos, río abajo; y las más espigadas de Cementos, por la salida del valle de Fenar. Sin embargo, es menos conocido que en su término fue descubierto en 1925 el primer yacimiento paleolítico de la provincia de León o que hace tres años una excavación documental permitió localizar finalmente la ubicación exacta del famoso y extraviado castillo de Alba.



Miradores tradicionales en la plaza Mayor de La Robla.

La verdad es que la historia de La Robla está llena de enigmas. Empezando por su nombre, que parece derivado del árbol que puebla los bosques del entorno, pero según los expertos tampoco es así. La robla, sin mayúscula, se refiere al cierre de un trato, aunque el diccionario se distrae en acepciones laterales: el agasajo a quienes intervienen como mediadores en una venta; la escritura que la acredita; la comida que rubrica el fin de un trabajo; y por último, el pago en reses viejas con que completaban el arriendo de pastos veraniegos los ganaderos trashumantes. De todo este repertorio, nuestro derecho consuetudinario menciona la conrobla, que es el apretón de manos que sella un trato con el mismo valor de un documento notarial.

Pero el monumento a la conrobla está en la plaza de Boñar, un recinto acreditado en trueques y mercados. En ese sentido, La Robla dilapidó durante un siglo su pasado y sólo recientemente ha empezado a mostrar algún interés por los activos de la historia. La fortuna de su progreso le vino por el privilegio de su ubicación. Más o menos, la misma motivación que avecindó hace cuarenta mil años en una cueva de Alcedo, vigilante sobre el escobio del río, a los primitivos habitantes cuyos útiles de piedra se conservan en el Museo de León. El control de ese paso estratégico fue también la razón que impulsó al rey Alfonso III el Magno a emplazar el castillo de Alba en la peña que lo vigila desde la orilla derecha del río.

Tanto la cueva paleolítica de Alcedo como el castillo medieval de Llanos, que dominaban el paso del Bernesga, perecieron triturados por canteras. Así se bautizó, como Cueva de la Cantera, la oquedad donde Julián Sanz Martínez encontró en 1925 más de un centenar de piedras pulidas. También la peña de Llanos se conoce como el Calero. Precisamente, una solicitud de ampliación de la cantera llevó consigo la cata arqueológica del monte que descubrió los restos del castillo: un muro de tres metros de ancho, los fosos y una puerta de sólido dintel orientada al valle del Bernesga.

EL TREN HULLERO

Siglos de prosperidad ganadera dieron paso a la irrupción industrial de la segunda mitad del diecinueve. Su emplazamiento en la vía principal de comunicación de la Meseta con Asturias hizo que ya en 1868 tuviera tren con Madrid y trece años después con Asturias. Otros trece años tuvieron que pasar para que en 1894 se inaugurara la línea férrea con Bilbao, proyectada para dar salida a la producción de carbón hacia los Altos Hornos. En aquel momento, el tren hullero tenía proyectada su extensión hasta las cuencas occidentales de La Magdalena y Villablino. Un siglo después de aquella aventura, puede decirse que la cuenca cercana a La Robla es la única que mantiene su producción minera.

También mantiene la villa sus dos estaciones de ferrocarril, a las que pronto se unirá la de la alta velocidad. Tanta actividad ha ido colmatando de barreras el trazado urbano, que se extiende entre las vías y el asfalto. Por su carácter de centro comarcal, la villa del Bernesga recoge la afluencia de los pueblos del valle pero también de las antiguas comarcas de Alba y Fenar, cuyos núcleos integran su municipio. En realidad, La Robla pertenece a la tierra de Alba, cuya extensión era mayor de lo que pregona en la actualidad el apellido de los pueblos. Además de Alcedo y Puente, más al norte, integran la comarca, río abajo, La Seca, Cascantes y Valsemana, además de Llanos, Sorribos y Olleros.

Guía



CÓMO LLEGAR

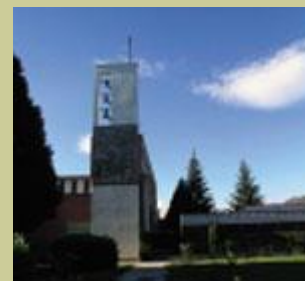
Por la N-630, a 22 km. de la capital en dirección al Puerto de Pajares.

DÓNDE COMER

La Bogadera (987 570 031), Casa Chelo (652 845 466), El Rabizo (987 572 025), El Polideportivo (987 572 457) y Villa de La Robla (987 572 187).

QUÉ COMPRAR

En Nocedo, Teresa González (987 588 084) confecciona bolsos y carteras con papel reciclado. Geras de Gordón se ha especializado en embutidos típicos, que venden Entrepeñas (987 597 090) y Tarabico (987 597 054).



Espadaña de la Hullera.

Pero también la prosperidad se traduce en una adaptación progresiva del espacio urbano a la comodidad de los roblanos. Plazuelas peatonales, espacios de encuentro, zonas recreativas. Detrás de la plaza, un monumento que es un libro abierto recuerda a su escritora Josefina Aldecoa, quien evoca en las memorias que tituló *En la distancia* con tanto cariño sus años infantiles en Las Ventas, al pie del acueducto del siglo dieciocho. Este acueducto trasvasa las aguas de orilla sobre unos arcos hermosos que el pueblo de La Robla rescató de la ruina hace cuatro años. Es una zona tranquila, ahora apartada del tráfico, donde el río ofrece la seducción arbolada de los sotos. El lugar es como una metáfora de la aventura contemporánea de este pueblo emprendedor. Al cabo de un par de siglos, aquel alarde de ingeniería se convierte en arco de paseantes y pescadores.

